

Animales en casa.

Los «deberes» del verano

* ¿Un perro en la casa conviviendo con nuestros hijos? *Los que dicen sí* tienen motivos muy válidos, pero tendrán que solucionar unos cuantos problemas que son muy serios. *Los que dicen no* tienen motivos muy válidos, y tendrán que reconocer que deciden prescindir de algunos valores muy positivos que se derivan de esta convivencia

* Las «experiencias» en verano pueden significar una oportunidad paralela de aprendizaje fuera del marco rígido del sistema de los exámenes y sus secuelas pedagógicamente mediocres y empobrecedoras

1.

«¿Es bueno tener un perro conviviendo con los niños en la casa? Alguno de mis hijos es el único capricho que tiene. Y, a veces, pienso si no es una buena experiencia para ellos y para su sensibilidad. Pero no acabo de saber si son más las ventajas que aportan o los problemas que pueden acarrear.» (Matilde)

Es curioso que me plantees este problema porque me parece muy interesante, pero las posturas personales suelen jugar aquí un papel muy preponderante. Y, sin embargo, tu pregunta parece equilibrada y, desde luego, ya presientes que hay ventajas y riquezas en esa convivencia, y problemas y precauciones que son indispensables para que esta convivencia sea positiva.

Que un animal conviva humanizadamente en una familia podrá ser aplaudido por un miembro de la sociedad protectora de animales y denostado por quien cree que no es humano, ni justo, que el nivel de vida de un perro sea muy superior al nivel de vida de un niño del tercer mundo.

Que un animal viva cómodamente puede ser aplaudido por un miembro de la sociedad protectora de animales, pero ese mismo miembro dirá que un perro no vivirá adecuadamente en un piso de ciudad; que un piso convencional impide que el perro viva como necesita vivir. Pero inmediatamente alguien puede decir que, gracias al perro, descubrimos que muchos seres humanos viven en colmenas de una manera inadecuada a como los seres humanos y los niños deben vivir.

Que un perro conviva con los niños supone una riqueza de interacción afectiva, de oportunidades para una psicomotricidad enriquecida, de una manera de jugar que es mucho más rica que consumir juguetes (con esa complicidad que puede haber en las miradas del niño y del perro cuando están conviviendo una misma aventura); y, simultáneamente, puede significar un peligro por las reacciones imprevistas o descontroladas del perro (sobre todo por celos o por circunstancias desestabilizadoras), puede significar el desarrollo de un despotismo equivoco, puede significar el peligro de contagios de enfermedades si no se tiene un cuidado higiénico del perro minucioso y técnicamente asesorado.

Ha habido amistades niño-perro que son imposibles de clasificar dentro de las relaciones entre humanos. Y, también, ha habido enormes equívocos y equivocaciones, cuando alguien ha sido ca-

paz de establecer una relación amistosa con su perro y no la logra con los compañeros de clase o de jardín. Y ese equívoco lo puede crear la transposición equivocada de los gestos y del lenguaje del perro y nuestra lectura e interpretación del mismo.

Lo que sí está claro es que, si se convive con un perro, los adultos van a tener que llevar la iniciativa en la experiencia: responsabilizándose de todo aquello que el niño no puede hacer (casi nada antes de los 11 años; ni siquiera aquello que jura y promete que va a hacer, como darle de comer y bajarlo a la calle a que haga pis), y logrando que

zones para hacerlo, y pueden ser conscientes de que renuncian a no pocas riquezas que se derivan de esta experiencia de convivencia.

2.

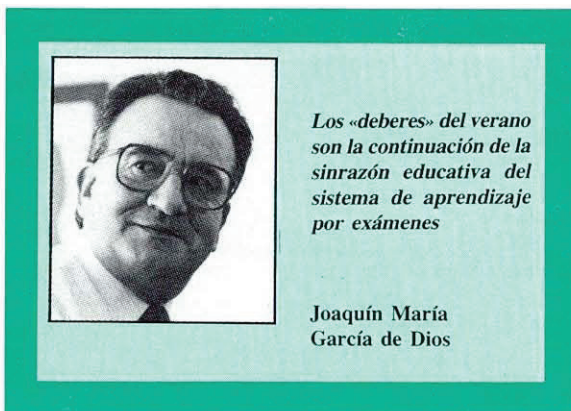
Yo creo que hoy día lo frecuente es que los niños estudien lo menos posible. Por eso deben tener sus tareas para el verano; si no, el corte que se hace de toda actividad académica durante esos meses, les desentrena, se olvidan de todo lo que aprendieron durante el curso y se olvidan de que son estudiantes. Yo creo que, aunque los profesores no les manden deberes, los niños deben tenerlos y no empezar la jornada de cada día de verano sin haber cumplido antes con su tarea. Y, una vez cumplida, entonces sí, ¡qué se diviertan! ¿Me podías decir tu opinión sobre este tema? (Andrés).

Mi respuesta no te va a servir de mucho: el problema no es si deberes en verano sí o no; sino si el sistema adecuado de aprendizaje es éste que se basa todo en exámenes aprobados o suspendidos; en reproducción controlada de que se es capaz de repetir lo que te han enseñado; en valorar la tarea porque cuesta; en desconfiar de la diversión, del aprendizaje por experimentación...

Si se me dice que cada día de verano cada niño debiera aprender algo, ¡claro! Decir que tiene que aprenderlo memorizando un libro de texto o solucionando el problema número 18; y no experimentando el principio de Arquímedes nadando, haciendo preguntas a la arena de la playa, escribiendo el diario de sus viajes, tomando apuntes (a su manera: en acuarela o en poemas iniciados) de sus comprobaciones personales o sociales... eso es estar hipotecado por una manera de concebir el aprendizaje humano bien poco rica y humana.

En cambio, cuando el verano es un buen pretexto para aprender lo que la escuela no nos deja y como la escuela no nos deja: entonces, ¡viva el aprendizaje en el verano! Tomar decisiones, comprobar el nivel de nuestras posibilidades, aprender a planificar nuestros tiempos, intentar hacer un modesto PERT, iniciarse en la introspección, aproximarse a otras experiencias y preguntar hasta comprenderlas...

Pienso que no es necesario motivar tanto los deberes convencionales: lo importante es saber lo que se deja de hacer cuando se vuelve a repetir en verano lo que se hace en invierno (por muy bien comercializadas que puedan estar las guías de esos deberes de verano).



Los «deberes» del verano son la continuación de la sinrazón educativa del sistema de aprendizaje por exámenes

Joaquín María García de Dios

la vida del perro sea la que el perro necesita y que el perro no sirva de pretexto para los caprichos del niño.

Tenemos que reconocer que en más de una ocasión la convivencia con un perro ha funcionado como la mejor terapia para algunos de los problemas difíciles de algunos niños.

Lo más difícil de lograr, muchas veces, es que la decisión de convivir con un perro sea participativamente decidida por todos los componentes de la familia. No se trata de regalarle un perro a Conchita; se trata de admitir en la convivencia familiar a un nuevo miembro estable en la misma, que es el perro. Y si no se logra que sea admitido por todos, la convivencia con el perro va a ser una nueva fuente de problemas que antes no existían.

¡Claro que un perro mal cuidado huele mal! ¡Y una persona desaseada también huele mal! Perro y personas necesitan aseo.

Los que deciden el sí pueden tener muy buenas razones para hacerlo y tendrán que resolver algunos problemas reales y, a veces, serios. Los que deciden el no también suelen tener muy buenas ra-